



Prof. LORENZO MEROLA

29 de febrero 1880

5 de abril de 1935

## Homenaje al Profesor Lorenzo Mérola

### SEMBLANZA

*La Sociedad de Cirugía del Uruguay realizando un homenaje a la memoria del Prof. Lorenzo Mérola, cumple con un imperativo que traduce un hondo sentido de reviviscencia, conducente a hacer que las generaciones actuales no pierdan de vista a quienes les deben una parte importante de su patrimonio científico y deontológico, y recuerden con reverente atención a los espíritus de selección que han preparado el advenimiento de las nuevas orientaciones.*

*Por mi parte, debo agradecer desde ya a la S. de C. el elevado honor que me dispensa al invitarme a expresar ese sentir a pesar de mis medios y recursos de expresión, dándome al mismo tiempo oportunidad de cumplir con esa deuda de gratitud que todo discípulo le debe de necesidad impostergable a todo Maestro.*

*Sólo cuando las instituciones llegan a estabilizarse en sus funciones primordiales y la órbita que han trazado en su actuación adquiere caracteres definidos y cíclicos, pueden realizar homenajes como el que nos congrega, que no tendrían razón de ser en otras circunstancias.*

*Ha llegado para nuestra Sociedad de Cirugía la era de la revalidación del título dignificador basado en el recuerdo reverente, porque ha llegado también el momento de la revisión definitiva de la obra de sus hombres más ilustres y de sus valores, que abrirá más tarde las primeras páginas de su Libro y de su Historia.*

*La Historia de la Civilización no es esencialmente otra cosa. Sobre las primeras piedras angulares de su fundación se fueron depositando las más diversas estratificaciones de sus disciplinas esenciales.*

*Arte, Filosofía, Ciencia, Religión, constituyeron suelos fértiles en su imbricada consolidación; y los hombres fueron operando en esos suelos un admirable trabajo de desintegración, que condujo necesariamente a la gratitud y de ésta al homenaje.*

*En ningún momento, sin embargo, el sentimiento de gratitud puro y simple conduce al homenaje. Son necesarios otros elementos coadyuvantes para que se produzca la imperiosa y espontánea necesidad de su realización.*

*La glorificación, lejos de ser un acto de devoción que hunde sus raíces en el área sentimental, es un acto de examen imparcial histórico, que surge recién cuando el raciocinio humano dirige su mirada penetrante en las vidas ilustres, y levanta un balance imparcial de su significativa gravitación en los hechos y la vida de una nación o de una institución.*

*En ese momento se acallan las pasiones, se desdibujan las imperfecciones necesarias; se humaniza el personaje, y se levanta sobre el fondo brillante de un firmamento propicio una figura de proporciones armónicas y gigantesca prestancia.*

*El homenaje que la Sociedad de Cirugía tributa en estos momentos, es justo en la esencia de su significado íntimo y es justo también en el tiempo transcurrido de latente elaboración.*

*Es justo en su esencia por el significado esotérico que entraña.*

*Es justo en el tiempo porque llega en el instante preciso exigido por la recordación.*

*Los homenajes tardíos carecen con frecuencia del sentido recordatorio y son fríos y débiles. Los hombres han dejado de ser tales y son fantasmas del pasado remoto. Los precoces tienen muchos y muy graves inconvenientes.*

*El sentimiento habla a través de ellos una voz demasiado alta y dramática para que se pueda oír la voz de la verdad esencial, sin la resonancia inmediata del juicio no sedimentado.*

*Los héroes llegan a nosotros por otras vías más silenciosas y menos espectaculares. Nos llegan con frecuencia por caminos diagonales que desembocan, sin embargo en las luminosas encrucijadas de la consagración y del reconocimiento.*

*Viven en los pueblos una vida oculta de lenta elaboración, que requiere mucho tiempo de sedimentación para que ellos pue-*

dan adquirir esa estatura, esa jerarquía dimensional que cobra prestancia de estatua.

Cuando el predestinado a la glorificación muere, inicia una nueva vida en el alma de sus contemporáneos y de sus generaciones venideras; y es esta persistencia espiritual que los convierte en esas sombras familiares que llegan hasta nosotros de vuelta de un largo viaje, atravesando los dinteles de la inmortalidad.

Los actos de los hombres que merecen nuestra recordación han de ser grandes para provocar este notable trabajo de justificación; pero sólo cuando el alma humana los fecunda, adquieren esa resistencia al olvido y esa recusación a la acción niveladora del tiempo, que engendra una metamorfosis ultrahumano, que sólo Ovidio pudo cantar con arte incomparable en ese lenguaje latino que nos ha abierto la posibilidad de expresarnos en el Nuevo Mundo con palabras y giros de frases dignos de los dioses.

La Sociedad de Cirugía al tributar este homenaje puede, pues, estar segura de no equivocarse frente a las generaciones que no pudieron ver lo que ella desea que viva y sea.

La figura admirable de Lorenzo Mérola ha estado silenciosa a través de los diez y seis años que nos ha abandonado, y su tranquila mirada puede levantarse con serena e imperturbable seguridad hacia el tribunal público que ya lo ha juzgado y designado como uno de nuestros más grandes cirujanos y de nuestras más originales personalidades médicas.

Para comprender a Mérola no basta con estudiar los elementos constitutivos de su fuerte personalidad. Es necesario situarlo en el espacio y momento en que tuvo que actuar.

Mérola llegó en un momento extremadamente difícil de la Cirugía mundial y nacional.

Una cirugía antigua se derrumbaba y se moría.

Debía morir; y así fué con el correr de pocos años para el mundo, pero demasiados para la vida de un hombre.

En ese ambiente enrarecido Mérola se halló en situación de buscar en una niebla espesa un camino de verdad y redención. Era como un sembrador voluntarioso con una semilla hostil y frente a un surco inclemente.

*Sin embargo pudo más en él, el espíritu de renovación y la recusación frente al camino trillado que la cómoda y fácil prosecución de la enseñanza clásica de la época.*

*Los hombres que marcaban derrotero en la cirugía eran grandes, pero venían de otro siglo, y no podían avanzar y Mérola no podía acomodarse en el alvéolo de lo conocido.*

*Lo nuevo lo atraía con fuerza superior a sus fuerzas.*

*El atajo abrupto y mal trazado, era mejor que la senda sin accidentes del conocimiento tradicional.*

*En ese momento de gran inquietud fué que conocí a Mérola cuando yo ingresaba a la Facultad. Fui alumno de Mérola siendo él Profesor de Anatomía Descriptiva durante los dos años de ese curso, y luego ininterrumpidamente lo continué tratando hasta su desaparición y observando el hermoso espectáculo de su inquietud gravemente tendida sobre su agitado espíritu.*

*Lo acompañé luego en forma sucesiva cuando dictó su primer curso de Medicina Operatoria, luego como Asistente cuando la Asistencia Pública le nombró Jefe de Servicio en el Hospital Pasteur, y más adelante como Asistente cuando la Facultad lo designó Profesor Titular de Clínica Quirúrgica, hasta poco antes del momento en que se extinguiera para siempre la luz estupenda de su lámpara vital.*

*Más tarde me correspondió sustituirlo en ese mismo puesto de acción y de trabajo y siempre quedó presente para mí la figura singular y encrespada de este gran maestro de alta jerarquía.*

*Puedo decir, pues, que conocí y conviví con Mérola tal vez la parte más fecunda de su vida científica y de su acción quirúrgica.*

*Como Anatomista se puede afirmar que ocupó un vértice muy alto en esa disciplina, no sólo en nuestro país sino fuera de él. Sus conceptos anatómicos fueron proféticos.*

*Inició el trabajo iconoclasta que era menester contra la anatomía del detalle por el detalle. Enseñó que el detalle debía ser jerarquizado por la aplicación práctica.*

*Estableció el concepto sintético del plano anatómico, del intersticio útil, contraponiéndolo al concepto analítico del estudio exclusivo del elemento por sí mismo. Abatió el concepto del*

*tímite regional clásico y levantó una anatomía topográfica de las regiones de pasaje que fué de resultados provechosos para las generaciones ulteriores.*

*Se estaba bien en el anfiteatro cuando Mérola andaba en él con ese su paso seguro y esa mordacidad de juicio característica de su espíritu independiente.*

*Grande en la concepción anatómica y grande en la técnica de anfiteatro.*

*Seguro en el trazo operatorio, infalible frente a la interlínea articular, perfecto y elegante en el manejo del instrumento quirúrgico disciplinado en la enseñanza sobre la realidad anatómica, fué en ese período que Mérola estableció las bases de su personalidad quirúrgica que siempre conservó ese matiz inicial que le imprimió su más temprana vocación.*

*Fué allí que se gestaron y fueron apareciendo sucesivamente sus trabajos estupendos de anatomía quirúrgica, vías sintéticas del flanco, aponeurosis de la axila, planos de clivado de los músculos, desinserción del mesenterio, amputación rápida del muslo, y tantos otros a cada cual más original.*

*Los nuevos rumbos anatómicos y quirúrgicos establecidos en ellos se fueron confirmando en lo sucesivo, y nos vinieron desde el extranjero de vuelta, mejor ilustrados y más profusamente, pero no mejor concebidos, con una marca exótica fácil de franquear en las aduanas complacientes de nuestro medio científico, que parece ignorar con frecuencia que también entre nosotros puedan existir y han existido mentalidades capaces de crear y organizar conceptos libres de toda tutela foránea.*

*Analizar cada uno de estos trabajos daría margen a otras tantas conversaciones recordatorias. Pero no es este el momento de hacerlo aunque sí el lugar; desde que muchas veces en los años en que he asistido a las discusiones de esta querida y prestigiosa entidad, el recuerdo de ellos aparece en múltiples y notables oportunidades.*

*Algunos de sus trabajos y de los de mayor importancia fueron motivados por el impulso que la Sociedad de Cirugía infundió en todos nosotros y sobre todo en Mérola que se constituyó en una de sus principales figuras, como colaborador tenaz y constante, como informante de categoría y como Presidente de*

alto significado, imparcial en la discusión y director inesperadamente magnífico de nuestras deliberaciones.

Y repito inesperadamente, porque su temperamento vehementemente, parecía conciliarse difícilmente con la función rectora de Presidente. Sin embargo durante esa Presidencia, todos pudimos apreciar el pronóstico equivocado que gravitó sobre este hombre por parte de quienes no lo conocían, que nos dió en ese momento difícil para la Sociedad de Cirugía un ejemplo de respeto a su función en una forma singularmente ejemplar y digna del mayor elogio.

Si como anatomista de fuste Mérola marcó una etapa definida en nuestros estudios quirúrgicos, señalándose como maestro desde sus primeros pasos en el anfiteatro, ¿cuál es el balance que le corresponde como cirujano en la Sala de Operaciones frente al problema palpitante de vida y de emoción?

Mirando hacia el pasado lo vemos erguirse con perfiles inconfundibles.

Sea cual sea el criterio con que se mire la cirugía que administraba, es indiscutible que había en Mérola un cirujano nato de alta envergadura, un cirujano de grandes recursos, un cirujano capaz de grandes audacias, incapaz de renunciamentos o vacilaciones calculadas en los momentos de la mayor cavilación y peligro.

En un período largo de casos difíciles y luchas enconadas tuve el honor de acompañarlo y compartir sus ansias exaltantes y sus dudas deprimentes.

Siempre me pareció que lo que dominaba en Mérola no era la realización del sport quirúrgico ni el pensamiento vanidoso del espectáculo de su pericia; sino una idea superior de alto altruísmo consubstanciado con el enfermo en trance de grave inclinación hacia la muerte.

El deseo de Mérola era llevar la cirugía hasta sus extremos límites compatibles con las posibilidades técnicas, en beneficio del enfermo y de la cirugía misma como disciplina humana y redentora.

No concebía que la cirugía pudiera quedar estancada donde él la había hallado en esa encrucijada inicial.

Comprendía que el prejuicio podía mucho en su obra de

*paralización y congelamiento, pero también percibía nuevos y numerosos caminos oscuros e inciertos que podían convertirse en rutas de luminosos rumbos, como luego lo fueron.*

*Y este pensamiento, que no le dejaba paz y tranquilidad, no sólo no era compartido, sino dió margen a una oposición lógica, tenaz y a veces despiadada.*

*Cirugía avancista fué el nombre que le impartió.*

*Le costó muchos sinsabores, muchas discusiones, pero al fin podemos contemplar que la obra, que para algunos era de un visionario, es hoy una realidad compacta de verdad y preñada a la vez de nuevas posibilidades.*

*Los que creímos y tuvimos fe en Mérola y compartimos esos momentos, nos sentimos confortados y justificados.*

*El tiempo, supremo artífice de estatuas, ha colocado en sitial de privilegio al Maestro que predicó su verdad con una antelación que lo coloca en una posición ilustre, libre de toda mácula y digna de admiración.*

*La tóraco-freno-laparotomía, el abordaje sintético de las fosas cerebral y cerebelosa, las extirpaciones de sistemas de órganos llevados hasta sus extremos límites, la amputación del recto por vía abdominal pura, para no citar sino algunas de estas realizaciones, ¿qué son sino la expresión de una notable inquietud puesta al servicio de una nueva orientación quirúrgica que ya es hoy una realidad casi adocenada y al alcance hasta de los pocos dotados?*

*Pero en el instante a que nos referimos con un telón de fondo convencional y desfavorable, sólo mediante un gran valor y una convicción ilimitada, se podía llenar ese margen de atrevimiento.*

*La enseñanza de Mérola era objetiva. Era muda pero elocuente y penetrante. Por ello pertenecía a la categoría de Maestros que muestran sin hablar, y que cuando hablan no pueden seguir una ordenación por más lógica que parezca.*

*La lógica de Mérola era interior y por tanto profunda, y en consecuencia desentrañable solamente con voluntaria aplicación.*

*No era el hombre conferenciante. El orden de la exposición era una traba que le incomodaba. El esquema no hacía buenas migas con su carácter independiente. Su pensamiento se desbor-*

daba por el campo fértil de su imaginación y no podía ser encauzado en la norma rígida de la frase convencional. La verdad no podía quedar envuelta en una fórmula tabloidea y rompía toda caparazón más o menos elaborada de antemano.

En los últimos años de su vida le atrajeron los problemas generales de fisiología y de Medicina general.

No bastaba la cirugía para llenar el hueco fecundo de su pensamiento, ávido de mayor y más vasta verdad. Algo había en él de esos humanistas italianos del Renacimiento, enciclopedistas natos que veían la vida con horizontes más amplios que el que correspondía a su época, verdaderos exploradores de lo incognoscible, para quienes el pensamiento era ultradimensional y todopoderoso en su intento y finalidad.

No en vano corría por las venas de Mérola un caudal generoso de sangre latina, de esa sangre que se gestó en la armoniosa tierra de Grecia, se transmutó en la cuna estupenda de Roma y cruzó la tormenta generosa del Renacimiento y llegó hasta nosotros transfundida en seres de esta categoría.

La vida de Mérola presenta múltiples y variadas facetas y a través de ella siempre se advierten los estupendos atributos que poseyó su espíritu selecto y sagaz.

*El saldo que deja su actividad es extraordinario.*

Vivió para la cirugía y creyó en su arte; se abrevó de ciencia, combatió a veces con violencia por sus ideas y nos dejó una herencia escrita, la más luminosa y original, antes de emprender el viaje supremo al mundo de las sombras y de la inmortalidad.

La Sociedad de Cirugía está realizando el acto de justicia póstuma más merecido y más necesario.

Será difícil corregir lo que el Destino con su infalible acierto ha dispuesto, porque para entrar a la Historia no basta hacerlo con una credencial ordenada e importante.

Se requiere además que las generaciones ulteriores a través del tiempo reconozcan al predestinado ilustre, al Maestro de calidad y al hombre integral con una nitidez tal de contornos, que merezca ser llevado en hombros hacia una cumbre de alto respeto y rendida devoción, como ocurre con Lorenzo Mérola.

CLIVIO V. NARIO